

junio 1918).



El órgano periódico de la más refinada corrupción moral pública de España, esto es, «La Epoca», gaceta del conservadurismo español, ha censurado a D. Miguel Maura el que denunciara en el Concejo de Madrid el escándalo de los automóviles de alquiler, y ha escrito:

«Inaudible es la conducta del Sr. Maura y Gamazo, en cuanto tiene de vigilancia e investigación celosas y de valor cívico que le llevó a meterse en lo que algunos creerán que «no le importaba»; pero, ¿por qué no se encerró D. Miguel Maura con el alcalde para denunciarle el hecho y cooperar a las investigaciones definitivas que trajeran el castigo del culpable, en lugar de dar el escándalo de una denuncia en sesión pública, que traerá, más pronto que el castigo del culpable, la desconceptuación de todos?»

¡Ah! Porque moralizar sin escándalo tiene poco atractivo.»

La doctrina aquí sentada es la de hacer las cosas a cencerros tapados y a puerta cerrada, medio el más seguro, sobre todo con conservadores, para que todo quede en agua de borrajas. Que es a lo que se tira.

«Moralizar sin escándalo tiene poco atractivo.» No; lo que tiene es poca eficacia. Porque sólo el escándalo, al que tanto temen los conservadores, moraliza.

«La Epoca» quiere que no se haga, como ahora, un poquito de revolución cada día. Lo mejor es el método tradicional en España desde hace cuarenta años; el método de la «sórdida colaboración», de que execraba Maura. La sórdida colaboración con los descontentos, con los profesionales del revolucionarismo, con los demagogos vividores, éste ha sido el modo de gobernar en España los dinásticos desde hace cuarenta años. Así domesticaban a la revolución o a lo que se le parecía por de fuera.

¡Y qué vergonzosas algunas de esas sórdidas colaboraciones!

No ya de revolucionarios, no ya de demagogos, sino de tahures. El juego tolerado, que no reglamentado, ha sido uno de los resortes de gobierno de nuestros corrompidos y corruptores partidos de turno. Las casas de juego prohibido han sido de los principales sostenes del régimen. De ellas salía dinero para suscripciones con que a ese régimen se honrase; en ellas se organizaba a las veces ovaciones populares a la persona que encarna ese régimen; ellas, o más bien las poderosas empresas que las explotan, contribuían de diversas maneras al afianzamiento del orden. No ha habido institución más gubernamental que la del juego de azar. Y creemos recordar que alguna vez «La Epoca» misma ha sostenido la inconveniencia de querer prohibirlo en ciertos centros. El señor Sánchez Guerra, por lo menos, lo ha hecho.

Hay que oír en San Sebastián, esa eventual corte veraniega, que se convierte en un Mónaco, para poder albergar con más esplendor a la encarnación del régimen; hay que oír allí, y de labios de fervorosos gubernamentales y ministeriales de todos los ministerios de S. M., de hombres de orden, las razones que dan para explicar y justificar el que allí no se prohiba de hecho el juego, ya de derecho prohibido. La ruleta es uno de los sostenes de las que llaman instituciones fundamentales del Estado. No conviene, pues, hacer un poquito de revolución cada día.

Ahora aparece a la cabeza de este gabi-

gabinete y no gobierno — de atunado el señor Maura, el tonante profeta que fulminó sus maldiciones contra las sórdidas colaboraciones. Y al maldecir de éstas tenía sobre todo presente a su espíritu al conde de Romanones, el que anduvo siempre en más cachipuches y conchabamientos con los demagogos que administraban el revolucionarismo. El conde de Romanones, el que hoy hace bailar a Maura, el oso de la austeridad ciudadana, al son de su pandero, ha sido el encargado de narcotizar a la hidra revolucionaria. La función del conde ha sido la de matar la democracia demagogizándola con artes de corruptor soborno. El conde, esto es: «cómite» o compañero, ha tenido como función palatina la de encantador de serpientes de cascabel. Empezaba por quitarles el veneno, guardándose para sí.

Hasta lo de la aliadofilia del palaciego encantador de serpientes de cascabel es un embuste más de los muchos que él, que es un saco de ellos, guarda. Al estallar la guerra era preciso que para el mejor balanceo del régimen, para el más perfecto juego de ten con ten y de doble carta, hubiese algún gobernante que representara la causa de los al-

encargó el Compañero. Porque a él lo mismo le da de los unos que de los otros. Y se ejercitó en su ya conocida martingala de soltar cometas de ensayo y ver cómo caían. Así hizo publicar aquel famoso artículo de «Neutralidades que matan», artículo que le sirve para cotizar su aliadofilia, sin que ello sea óbice a defender la neutralidad a todo trance.

¡Nada de escándalo! ¡Nada de un poquito de revolución cada día! Esta es también la doctrina del galeote del régimen, del que tercia el sórdido contubernio de la demagogia — no de la democracia — con la monarquía, del que ha trabajado más que nadie por asentar en España un despotismo populachero. Queremos decir un despotismo bien quiso de la plebe.

¡Nada de un poquito de revolución cada día! La canalla conservadora sabe que esto es para ella lo peligroso: el poquito de revolución cada día, la revolución crónica y cotidiana, el escándalo a diario, la publicidad desenfundada. Lo que ellos quieren provocar es la revolución de una vez y en masa, la ofensiva fulminante. Lo que les desconcierta y abate es el incesante destrozo de sus organizaciones de retaguardia mediante escándalos. Por eso el gabinete Dato-Sánchez Guerra se esforzó en provocar a la hidra, y le azuzó a que acometiera. Querían dar de una vez la batalla a la revolución. Saben que se pueden defender de un ataque agudo, pero no de una fiebre crónica. Y a esto hay que responder con la constancia en el escándalo; hay que escandalizar a diario. Y no por atractivo, sino por eficacia.

Se acerca la jornada veraniega. ¡Hagan juego, caballeros! ¡Nada de escandalizar! ¡Nada de revolución crónica y a diario! ¡Orden, orden, orden!

Miguel de UNAMUNO.

